

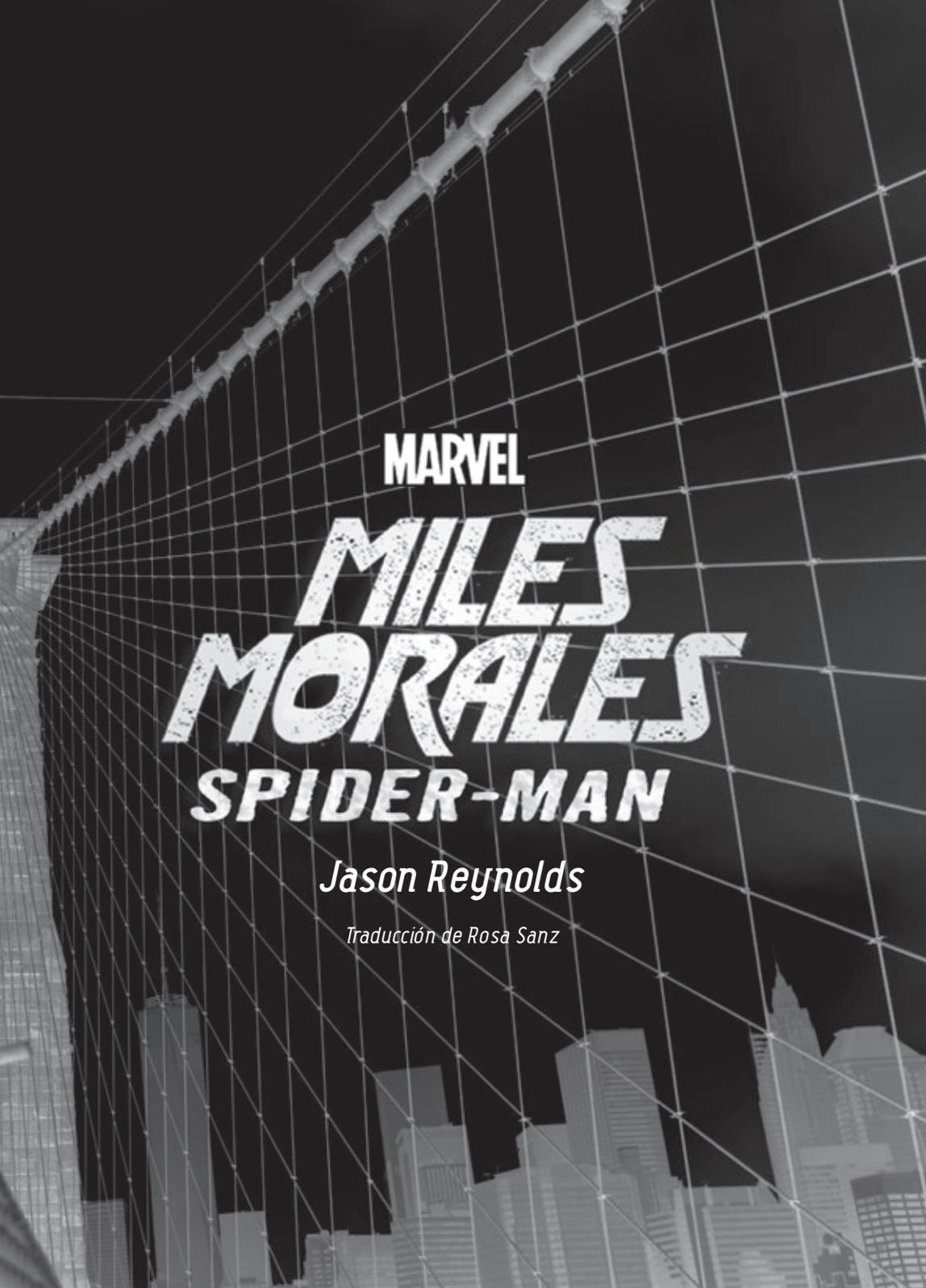
**MARVEL**

# **MILES MORALES**

**SPIDER-MAN**



**JASON REYNOLDS**

The background of the cover is a black and white illustration of a spider web. The web is composed of a grid of lines that recede into the distance, creating a sense of depth. In the lower portion of the image, a city skyline is visible, with various skyscrapers of different heights and shapes. The overall aesthetic is clean and modern, with a focus on geometric patterns and perspective.

**MARVEL**  
**MILES  
MORALES**  
**SPIDER-MAN**

*Jason Reynolds*

*Traducción de Rosa Sanz*

© 2018 MARVEL

Todos los derechos reservados

Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com](http://www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Traducción: Rosa Sanz

Primera edición: noviembre de 2018

ISBN: 978-84-16914-41-8

Depósito legal: B. 21.811-2018

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## CAPÍTULO 1

Miles colocó los platos en la mesa, los de porcelana blanca y ribetes azules, decorados con recargadas flores y detalladas escenas de antiguos poblados chinos que ningún miembro de su familia había pisado jamás. La vajilla buena, como la llamaba su padre, era una herencia de la abuela que sólo se utilizaba los domingos y en ocasiones especiales. Y, aunque era domingo, también era una ocasión especial, ya que se trataba de su último día de expulsión.

—*Mijo*, más te vale que vacíes bien la vejiga antes de clase —le advirtió su madre mientras abría una ventana y hacía que saliera por ella el humo del horno con un trapo—, porque como vuelvan a expulsarte por algo así, te juro que el que va a salir por aquí vas a ser tú.

A Miles lo habían expulsado del instituto por hacerse pis. Bueno, en realidad había sido por pedirlo. Cuando su profesor de Historia, el señor Chamberlain, le dijo que no le dejaba ir al servicio, Miles se lo suplicó con todas sus fuerzas. Pero el señor Chamberlain volvió a negarse, así que Miles decidió ir de todos modos. Entonces,

en realidad, había sido por ausentarse de clase. Sin embargo, lo cierto era que Miles no tenía ganas de hacer pis en aquel momento, ni tampoco lo otro. Había tenido que irse para salvar a alguien.

Por lo menos eso era lo que él creía. Su sentido arácnido no andaba muy fino últimamente, pero no podía arriesgarse a ignorar lo que él consideraba que era su deber.

—No siempre tengo tiempo para ir al baño antes de clase, mamá —replicó, enjuagando los cubiertos en el fregadero.

Ella colgó el trapo en el tirador del horno, cogió unas pinzas y volteó las pechugas de pollo sobre la grasa chisporroteante.

—Ya, eso mismo decías todas las noches cuando eras pequeño. Y ¿sabes qué? Nunca he conocido a un niño que mojara la cama tanto como tú.

—Yo diría que batió todos los récords —intervino su padre desde el sofá, hojeando el *Daily Bugle* del viernes. Ésa era la única edición que compraba, pues tenía la teoría de que, si lo leyera todos los días, no saldría nunca de casa. En cada una de sus páginas aparecían criaturas que ponían en peligro el futuro de la civilización, y eso que aún no había pasado de la sección de televisión—. En serio, Miles, eras el niño más meón de todo Brooklyn. De hecho, durante esa época no tenía más remedio que comprar este periodicucho cada día, sólo para forrar tu colchón con él por las noches. —El señor Davis cerró el diario, lo dobló por la mitad y negó con la cabeza—. Y luego venías a nuestra cama de madrugada con el culo mojado, oliendo a limonada rancia y diciendo que habías tenido «un accidente». ¿Un accidente? Mira, hijo, ya puedes darle las gracias a tu madre, porque yo te habría dejado sentado encima del charco hasta que se secase.

—No sigas, Jeff —dijo su madre al tiempo que depositaba el pollo en una fuente.

—¿Acaso es mentira, Rio? Siempre lo estabas protegiendo.

—Porque es mi niño —respondió ella, colocando una servilleta de papel sobre la piel resplandeciente del pollo para que absorbiera la grasa—. Pero ya no eres ningún niño, así que apáñatelas como sea para aguantar toda la clase sin moverte de la silla.

Miles ya había decidido que no iba a tener más contratiempos. Pensaba quedarse sentado en el aula del señor Chamberlain haciendo oídos sordos a su mente de colmena cuando las avispas se pusieran a zumbar. Su sentido arácnido era su alarma interna, el que lo avisaba cuando había algún peligro o cuando alguien necesitaba auxilio. Sin embargo, desde que empezó el curso, en el que era su tercer año en la Academia Brooklyn Visions, su sentido arácnido parecía haberse diluido, como si estuviera perdiendo sus poderes. Se iba de las clases de Chamberlain una y otra vez con el pretexto de ir al baño, recorría los pasillos como una exhalación, llegaba a la calle y entonces... nada. Nunca se encontraba con un monstruo, ni con un mutante, ni tan siquiera con un demente. Lo único a la vista era el mismo Brooklyn de siempre, y después se veía obligado a improvisar una excusa embarazosa con la que justificar su tardanza.

Tal vez se debiera a que, para un chico como él, eso de ser un superhéroe venía con fecha de caducidad. Ya no merecía la pena seguir arriesgándose a que lo castigaran —ni a faltar a clase ni a ser expulsado— cuando en el fondo no sabía si seguiría siendo Spider-Man al acabar el instituto.

El timbre sonó justo cuando terminó de poner la mesa para cuatro. Entonces pasó por delante de su madre, quien servía el arroz amarillo de la cazuela en un cuenco, y asomó la cabeza por la ventana abierta.

—No entiendo por qué miras, como si no supieras ya quién es. —Su padre se lavó las manos en el fregadero y le plantó un sonoro beso en la mejilla a su mujer—. Huele a gloria, nena. De hecho, apuesto a que el amigo tarambana de nuestro hijo lo habrá olfateado desde el otro lado de Brooklyn.

—Pórtate bien. Ya sabes que está pasando por una etapa de cambios.

—Nosotros también pasamos por etapas, pero de gastos. —El señor Davis se frotó el índice con el pulgar—. No es que no le tenga aprecio al muchacho, pero en esta casa no podemos permitirnos alimentar otra boca más.

La madre de Miles miró a su marido, se llevó las manos al pecho y dejó escapar un suspiro.

—El amor es algo profundo, papi, no sólo frases bonitas.

Entonces le dio un beso en los labios.

—¡Eh! —exclamó Miles, escandalizado ante la conducta de sus padres—. Un momento. —Pulsó el botón que abría la puerta de la calle y luego la del edificio.

Al cabo de unos instantes, unos pasos fuertes retumbaron desde las escaleras.

—Buenas —los saludó Ganke, entrando en el apartamento como una bala. Era un coreano grandullón, el mejor amigo de Miles, y su confidente y compañero de cuarto en la Academia Brooklyn Visions. Nada más llegar, se puso a inspeccionar el rostro de Miles, primero la mejilla derecha, luego la izquierda, y después murmuró: ¿Estás bien? Me sorprende que tus padres no te hayan matado ya. —Acto seguido se acercó a ellos—. Hola, señora M. Señor Jeff. ¿Qué hay de jamar?

—Ni idea, Ganke, pero ¿sabes quiénes podrían decírtelo? Tus padres —contestó Jeff.

Su mujer le pegó un cachete en el brazo.

—Ya sé lo que tenían, señor Jeff, pero me lo he comido antes de venir —dijo encogiéndose de hombros.

—Bueno, Ganke, lávate las manos y siéntate. Ya sabes que siempre serás bienvenido en esta casa, aunque sea para cenar por segunda vez. Esta noche tenemos chicharrón.

Ganke le dirigió una mirada interrogativa al padre de Miles, quien se había situado detrás de una silla a la cabeza de la mesa.

—Pollo frito —explicó, con una expresión en el rostro entre el fastidio y la simpatía.

—Ah, genial.

—Como si hubiera importado algo —le soltó, a la vez que se sentaba.

—No le falta a usted razón, señor Jeff.

Miles dejó el pollo, el arroz y la ensalada sobre la mesa y tomó asiento. La señora Morales puso unos cucharones encima de los cuencos de arroz y de la ensalada, y unas pinzas junto a la fuente del pollo y se sentó también.

—Bendice la mesa, Jeff —pidió.

Los tres se apresuraron a apartar sus ansiosas manos de los platos y tomaron las de quienes tenían a los lados.

—Ah, sí, cómo no. Agachad la cabeza, muchachos. Señor, haz que nuestro hijo Miles se porte bien en clase, porque, si no, es posible que ésta sea la última comida casera que vaya a disfrutar en su vida. Amén.

—Amén —repitió su madre con seriedad.

—¡Amén! —coreó Ganke.

Miles suspiró y le lanzó una mirada asesina a Ganke, que se estiró para llegar hasta las pinzas del pollo.

Las cenas de los domingos eran una tradición en casa de Miles. Él pasaba los días de entre semana fuera, en el internado Brooklyn Visions, y los sábados... Bueno, hasta sus padres sabían que no había ni un solo chico de dieciséis años en todo Brooklyn al que le apeteciera pasar los sábados por la noche encerrado en su cuarto. Pero el domingo era el momento perfecto para las reuniones familiares, un día de asueto para todo el mundo. Ciertamente, aparte del hecho de que su madre lo hiciera madrugar para ir a misa, disponía de todo el

tiempo que quería para apoltronarse, tirarse toda la tarde viendo películas antiguas de ciencia ficción con su padre y cruzar los dedos para que su madre preparara su plato favorito: pasteles de carne.

No obstante, ese domingo había sido más ajetreado que de costumbre, como el resto del fin de semana. Después de su expulsión, el padre Jamie, de la iglesia del barrio, se habría limitado a imponerle una penitencia de unos cuantos avemarías y lo habría dejado marchar, pero el *padre* Jeff le había cantado las cuarenta y lo había mandado a su cuarto.

Todo había comenzado el viernes, cuando lo despertó a las seis de la mañana y lo llevó a rastras hasta la escalera de la entrada.

—¿Por qué estamos aquí, papá? —le preguntó.

Llevaba una camiseta arrugada de la academia, unos pantalones de chándal agujereados y unas chanclas. El bloque estaba lleno de cubos y bolsas rebosantes de basura, algunas de las cuales habían sido desgarradas por gatos callejeros en busca de sobras, mientras que otras las habían registrado vagabundos al amparo de la noche, en busca de latas y botellas que intercambiar por unos centavos.

Su padre no le respondió, o al menos no lo hizo al instante. Se quedó sentado en el escalón de arriba, dándole sorbos a su café con una servilleta en la mano.

—Bien... En cuanto a esa expulsión —sorbo, trago—, ¿qué fue lo que pasó en realidad? —exigió saber con voz amenazante.

—Ah, pues... Es que sentí... Tuve la impresión... —balbuceó.

Su padre ya conocía su secreto y llevaba un tiempo ocultándose-lo a su madre, pero seguía siendo su progenitor; no el de Spider-Man, sino el de Miles Morales. Y eso era algo que se encargaba de recordarle siempre que tenía la ocasión.

—O sea, que fuiste a salvar a alguien, ¿no? Pues deja que te pregunte una cosa, señor superhéroe... —Bebió otro sorbo—. ¿Quién te va a salvar a ti?

Miles se quedó en silencio, intentando encontrar una respuesta que contentara a su viejo a la vez que deseaba que sucediera algo que lo distrajera.

El sol comenzaba a despuntar por el horizonte, proyectando un haz de luz dorada sobre los ladrillos rojos de las casas, cuando ocurrió un estruendoso milagro en forma de camión de la basura. «Salvado», pensó Miles mientras su padre y él dirigían su atención a los basureros que recorrían despacio la calle, uno de ellos conduciendo y los otros dos a pie junto al vehículo, lanzando sacos de los que caían latas que volvían a tirar a la acera. De los agujeros de las bolsas se escapaban tenedores de plástico, huesos de pollo, rollos de papel higiénico vacíos y otros desperdicios, que formaron un reguero a su paso. Habían transcurrido diez minutos y Miles seguía sin saber por qué estaban allí, hasta que el camión terminó su recorrido por aquel lugar.

—Mira, mejor lo hablamos en otro momento. Y, ahora, ¿qué tal si adecentas esto un poco, hijo?

—¿Qué quieres decir?

Su padre se puso de pie, estiró las piernas y tomó otro sorbo de café. Entonces señaló la calle de principio a fin.

—¿Ves todas esas latas? Sé un héroe y ponlas donde deben estar. Ayudar a los vecinos es lo más heroico que hay, ¿no es cierto?

Miles soltó un suspiro.

—Ah —prosiguió el señor Morales—, y recoge toda esa basura que han dejado nuestros maravillosos ingenieros urbanos.

—¿Con qué? —preguntó, asqueado.

Ojalá hubiera dispuesto de una telaraña preparada para no tener que acercarse a las bolsas de plástico llenas de cacas de perro y tripas de pescado. No obstante, tampoco es que hubiera podido hacerlo con el pijama puesto.

—Ya se te ocurrirá algo, chaval.

Aquello no había sido más que el principio. Después, Miles tuvo que limpiar el apartamento, llevar y traer montones de ropa a la lavandería y prepararse su propia cena, que consistió en un *ramen* instantáneo con salsa picante y tostadas. El sábado, su padre lo obligó a ir puerta por puerta por toda la calle preguntando a los vecinos si podía hacer algo por ellos. Al final, tuvo que cargar con un colchón viejo del sótano de la señora Shine —donde solía vivir el yonqui de su hijo, Cyrus—, colgar cuadros en casa del señor Frankie y pasear a todos los perros del vecindario que necesitaban un desahogo, lo que quería decir que le tocó recoger cacas. Muchas cacas.

Y todo esto sin dejar de oír comentarios sobre los «héroes del barrio». Tarea tras tarea. Castigo tras castigo. *Ramen* tras *ramen*.

En ese momento, durante la plácida cena del domingo, se estremeció al recordarlo y se sirvió más arroz y otro trozo de pollo. Por primera vez en mucho tiempo, estaba comiendo mucho más que Ganke y que su padre. Sin embargo, no era sólo porque la comida de su madre estuviera deliciosa, que también, sino por el dulce sabor del final próximo de su castigo, que había sido una auténtica tortura.

Justo entonces, su padre tuvo que sacar a colación las últimas noticias del barrio.

—He leído en el periódico que están dando palizas a chavales para robarles las zapatillas —comentó de pronto, tras lo que tomó un bocado de ensalada, lo masticó y se lo tragó—. Estoy hablando contigo, Ganke.

—¿Conmigo?

—Ajá.

—A mí no me ha pasado nada. He venido en el metro como siempre y nadie me ha dicho ni mu.

El padre de Miles se inclinó hacia un lado para echarle un vistazo a las zapatillas del muchacho.

—No, lo que me temía era que fueras tú el que las estuviera robando.

—¡Ja! —exclamó Rio a la vez que se levantaba de la mesa. Dejó su plato en el fregadero y se encogió de hombros—. Sabes que Ganke no le haría daño ni a una mosca, igual que Miles. —Tanto su amigo como su padre le echaron una miradita, y su padre hizo una mueca cuando ella se dio la vuelta—. Jeff —resopló al pillarlo *in fraganti*—, es como si tuviera dos hijos en lugar de uno. De hecho, nada más que por eso te vas a encargar de fregar los platos.

—De eso nada —replicó él como un niño desobediente. Al cabo de un instante soltó una risita y dejó el tenedor sobre el plato—. Eso lo hará tu retoño. Se podría decir que es un castigo de propina, el broche de oro. —Ganke soltó una pedorreta. Miles lo miró con cara de malas pulgas—. Si no tienes ganas, podemos cambiar los papeles, hijo. Yo friego los platos y tú pagas las facturas —añadió, señalando una pila de sobres comerciales que había encima de la mesita.

—Que sí, que sí —se quejó el muchacho, quien ya sabía lo que venía a continuación.

—Y como digo siempre: el que no quiera lavar platos, que traiga un sueldo a casa. Y, además, vas a sacar la basura.

Después de la cena, Miles cogió la bolsa de la basura, bajó por las escaleras y la echó en el cubo. Cuando se dio la vuelta, vio que su padre estaba sentado en el primer escalón, igual que el viernes pasado. Era como si jugaran al *Simón dice*, excepto porque en este caso Jeff era el único que daba las órdenes. «Jeff dice que te sientes, Miles.» «Jeff dice que no hables hasta que te pregunten, Miles.»

Ninguno de los dos pronunció palabra durante un minuto, mientras el silencio chisporroteaba en las tripas del joven, como si el pollo que se había comido estuviera volviendo a freírse en su interior.

—Tú sabes que tu madre y yo te queremos mucho —dijo su padre al fin.

—Sí. —Ya sabía por dónde iban los tiros.

—Y ahora que te estás preparando para volver a clase, necesito que entiendas... —En ese momento era él quien balbuceaba intentando encontrar las palabras, hasta que terminó soltándolas sin más—. Ya sabes que a tu tío también lo expulsaron de la escuela, muchas veces. —Juntó las palmas de sus manos—. Creía que no tenía que seguir las normas, y eso fue lo que lo acabó matando. Lo último que queremos tu madre y yo es... que seas como él.

«Tú y yo somos iguales.»

El significado de aquellas palabras se le clavó en la garganta y tragó saliva para alejar la vergüenza y la confusión que sentía. Expulsión. Normas. Muerte. Estaba acostumbrado a que su tío saliera a relucir en momentos como ése, pero siempre le dolía igual. De hecho, las únicas veces que su padre mencionaba al tío Aaron era para decirle cómo no debía comportarse. Su padre y su tío habían sido chicos de la calle —golfillos de Brooklyn—, que se pasaban el día mangando y trapicheando, entrando y saliendo de los juzgados y del reformatorio hasta que cumplieron la edad para entrar y salir de la cárcel. Jeff conoció a Rio y acabó escogiendo otro camino, pero el tío Aaron siguió buscando dinero rápido en callejones oscuros. Ahora, su tío era el epítome de la estupidez, la personificación de todos los defectos de la familia.

—¿Lo entiendes?

Miles se quedó callado mientras se mordisqueaba un carrillo y pensaba en todo lo que sabía él sobre su tío, no sólo lo que siempre le repetía su padre. Sin embargo, lo poco que sabía de primera mano era que él había estado presente cuando murió tres años atrás, que su tío Aaron había muerto mientras intentaba matarlo.

—Lo entiendo.